

ESPAÑA



Revista semanal de la Asociación Patriótica Española

FUNDADA BAJO LA PRESIDENCIA Y DIRECCIÓN DEL DR. ANTONIO ATIENZA Y MEDRANO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: AVENIDA DE MAYO, 891

AÑO VI

BUENOS AIRES, 2 DE AGOSTO DE 1908

NÚM. 244

SUMARIO

I. Yuste, Miguel de Unamuno.—II. Pueblos olvidados, Vicente Blasco Ibáñez.—III. El consejo del Torrijas, Arturo Reyes.—IV. Charlas, Eduardo López Bago.—V. Notas postales de un cronista, Luis Gabaldón.—VI. Recuerdos de un estudio, Javier Valcarce.—VII. El amigo tímido, Emiliano Ramírez-Angel.—VIII. Revista comercial, Tomás Mendoza.—IX. Crónica local.—X. Noticias de España.—XI. Teatros.—XII. Bibliografía.

YUSTE

No bien descansamos un día en Navalmoral de la Mata, de nuestra excursión á Guadalupe, cuando emprendimos otra al célebre monasterio de Yuste.

Huelga casi recordar el origen de la celebridad de este monasterio, también de jerónimos como el de Guadalupe, donde fué á acabar sus días el gran Emperador Carlos I de España y V de Alemania. ¿Qué le llevó al nieto de los Reyes Católicos, al poderoso Habsburgo, al monarca más poderoso y afortunado del mundo en un tiempo, á ir á enterrarse en aquel escondido repliegue de las estribaciones de Gredos? ¿Porqué escogió para morir aquella plegadura de verdor y de soledad?

Desde Navalmoral de la Mata se contempla hácia el poniente el formidable y sombrío macizo de los montes Carpetanos y dominándolos los picachos, casi siempre canos por las nieves, de la Sierra de Gredos. Cuántas veces he ido desde esta Salamanca á Madrid, por Extremadura, he pasado horas de tren embebiendo mis ojos en la visión de esa severa é imponente mole. En sus faldas y hasta el río Tietar, que corre paralelo á la sierra, se extiende la llamada Vera de Plasencia, región tan abandonada como hermosa, que me recordaba hace pocos días á mi tierra vasca, recordada por el carácter de su paisaje.

Uno de los pueblos de la Vera es Cuacos, donde vivía en el siglo XIV un hombre devo-

to llamado Sancho Martín, que en 1402 donó unas tierras á unos ermitaños llegados de Plasencia y de aquí tuvo lugar el que luego fué monasterio de Yuste. Nunca muy rico, ni comparable con Guadalupe, y como éste, de jerónimos.

Fuimos desde Navalmoral á caballo, atravesando en barca el río Tietar, vivero de fiebres palúdicas. Y pasado el río empezamos la subida á la Vera por unas tierras desoladas, de jara y brezo, atravesando una garganta pr donde se precipitan aguas de la sierra.

Más una vez en la falda misma de la cordillera la vegetación se agiganta y los árboles os brindan con su sombra. La Vera es rica en frutales - surte de cerezas á Madrid. El cultivo principal es, sin embargo, el del pimiento, un cultivo terrible. A él hay quien atribuye el crecido número de abortos que en Jarandilla se registran.

Llegamos á Cuacos y no bien apeados de nuestras caballerías emprendimos á pié la subida á Yuste, con la impaciencia natural de quien vá á ver un lugar consagrado por la historia, el sitio en que vivió sus últimos años y murió un hombre que llenara en un tiempo á Europa con su nombre y su fortuna.

No se vé lo que del monasterio queda hasta que no se está en él y se padece, en un cierto sentido, una desilusión aunque luego ésta se rectifique.

Nunca debió de ser, como ya os dije, muy rico el monasterio en que fué á morir Carlos V., pero hoy, dismantelado y empobrecido, ofrece pobrísimo aspecto. Y aún más, pobre debió ofrecerlo cuando lo visitó Castelar antes de encargarse de él los capuchinos que hoy lo ocupan.

La iglesia es espaciosa pero sencillísima y muy pobre. La sillería de su coro, de no gran mérito, está distribuida entre varios pueblecitos, lo más de ella, en Cuacos. El retablo nos dijeron que estaba en Casatejada. Los or-



namentos, los libros de coro, todo se desparanó.

A la entrada muestran un nogal que dicen plantó allí el Emperador. Y es una de las cosas más permanentes de cuantas nos dejó aquel hijo de la fortuna.

¡Melancólico espectáculo el del claustro del monasterio, hoy en ruínas! Las desnudas piedras se calientan al sol; yacen por el suelo, entre maleza y verbajos, los sillares que abrigaron las siestas y las meditaciones de los jerónimos; columnas truncadas se proyectan sobre la verdura del monte y el azul del cielo y piensa uno, modificando la sentencia del clásico, que hasta las ruínas perecerán, *etiam ruinae peribunt*.

Junto á la iglesia está el llamado palacio de Carlos V. con su amplio mirador que se abre á un vallecito de frondosidades y más allá, por una escotadura entre las lomas, la vasta llanura soleada y en lontananza los contornos azules de remotas sierras. Parece, visto desde el mirador aquél, que es un mundo ilimitado, un campo de aventuras, el que se nos despliega allende la abertura de la soledad del monte. Y yo pensaba que contemplando el Emperador aquellas extensiones que se pierden de vista, pensaría muchas tardes de otoño, á la hora de acostarse el sol, en todo lo que tras de sí había dejado, la rota de los Comuneros, los esplendores de América, la captura de Francisco I., la dieta de Worms. Y pasarían por su mente Padilla, el cardenal Adriano, Hernán Cortés, Pizarro, Lutero, y tantos otros gigantes de aquel su reinado tan henchido de historia.

¿Cómo fué aquel hombre á enterrarse en aquellas soledades serranas? Allí os muestran el desnudo y pobre cuarto donde murió, allí otro cuarto donde dicen que durmió alguna vez Felipe II y en Cuacos una humilde casa en que os aseguran vivió algún tiempo don Juan de Austria. Y todo ello pobrisimo; hoy al menos.

Hoy los caminos para llegar á Yuste son malos, escarpados y pedregosos, pero y entonces? Llévaronle en litera y por lo más fragoso de la sierra. En Jarandilla se detuvo y allí demoró algún tiempo, en el castillo de los condes de Oropesa, hoy en ruinas, hasta que en Yuste le prepararon alojamiento.

Emprendimos la caminata á pié, de Cuacos á Jarandilla por un camino que es un tormento para los piés y una delicia para los ojos. Frescura y verdor por todas partes. Corpulentos castaños encandelados y por entre ellos algún torrente que baja saltando y rompiéndose en las rocas desde lo alto de la sierra. Una naturaleza risueña y amable, tal

como suele ofrecérsenos en estas sierras de la meseta interior de España.

Los que hablan de Castilla, León y Extremadura como si no fuesen más que pelados parameros, desnudos de árboles, abrasados por los soles y los hielos, áridos y tristes, no han visto estas tierras sinó al correr del tren y muy parcialmente. Donde en estas mesetas se yergue una sierra, tened por seguro que en el seno de ella se esconden vallas que superan en verdor, en frescor y en hermosura á los más celebrados del litoral cantábrico. Por mi parte prefiero los paisajes serranos de Castilla y de Extremadura. Son más serios, más graves, más fragosos, menos de cromo. Están, además, menos profanados por el turismo y por la banal admiración de los veraneantes.

El paisaje de Jarandilla es una delicia de fresco verdor.

Y esta hermosísima Vera de Plasencia languidece en un triste atraso por falta de adecuadas vías de comunicación. No puede explotarse ni la riqueza de sus frutos y maderas ni la de sus paisajes. Y el atraso moral y social...!

El juzgado de Jarandilla es uno de los de mayores compromisos. Los veratos ó naturales de la Vera riñen en invierno por vino y en verano por agua, la de los riegos, y como allí la vida parece tenerse en poco aprecio le alijeran á uno del peso de ello por un quitame allá esas pajas. El alcohol hace estragos. Y por lo que respecta á las relaciones sexuales... si os contara todo lo que me contaron... Surten de nodrizas, y ellas jovencillas, á todas las regiones comarcanas; la exposición de niños es cosa frecuente; hay en los pueblos aquellos zánganos cuya principal ocupación es ojear las mozas que van para mujeres y espiar la iniciación de su pubertad.

Y todo lo que podría hacerse para remediar tanto mal. Me contaba un maestro de escuela de uno de aquellos pueblos, el de Cuacos, que en la escuela de adultos había cacheado á estos sin que ninguno protestara.

Da pena ver región tan hermosa, tan espléndidamente dotada por Dios de suelo y de cielo, tan abandonada de los hombres. A pesar de lo cual mejora. La gente no emigra; más bien llegan allá otros de fuera.

Es triste cosa. Cuando os encontráis con algún rincón de tierra donde el agua y el sol cubren de verdor la tierra veréis á ésta dividida y subdividida entre pobres pegujareros que le arrancan su sustento con hartas fatigas. Y luego atravesaréis vastas soledades de jaras, brezos y escopas, recorriendo leguas y más leguas de un solo señor. Y no es que yo crea que esta tierra inculta lo esté por estar concentrada en pocas manos, no; es más bien que está en pocas manos, por ser tierra baldía y poco capaz de cultivo.

¿Qué pensaría de todo esto, si es que alguna vez pensó en ello, Carlos V en Yuste?



J. J. Calvo

